

Ruido de campanas

Sin campanas, hornacinas sin santos, paredes lisas, imaginaciones que vuelan por el espacio como golondrinas sin rumbo, despavoridas y locas sin un punto de apoyo para descansar.

¿Qué ruido es ese?

Parecen campanas pero no lo son. No son campanas ¿No hay campanas? ¿Dónde estarán las campanas?. Es una musiquilla que las imita. ¿Todo es ficción, todo de mentirijillas, como en la tele, en el cine y en el amor de las cintas? ¿La verdad no existe o se escamotea envuelta en las apariencias ostentosas como los perifollos de un juego de prestidigitación? ¿Se torea de salón, sin toro, dándoles capotazos a las sillas, figurándose las cosas pero sin riesgo, sin emoción, sin espíritu creativo?.

¿Qué pensará Gregorio, el ciego, cuando las oiga y vaya a tientas a ver quién pulsa tan chascoteramente el cordel que dejó suave, como ensebado, de tanto tocarlo?.

Gregorio al oírlas, apercebido como lo estaba contra las fechorías de los chicos de la calle, con aquella lucidez mental que es todo oído y todo vista sin luz, se volvería sorprendido, extrañado por el juego e iría emocionado hacia el rincón del cordel, extendería su brazo derecho como de costumbre, en ademán de alcanzarlo y el izquierdo hacia los posibles obstáculos y echaría a andar acongojado y con mal genio para ahuyentar a los revoltosos y tocar formalmente las campanas con las que despidió tantos días tristes en aquella soledad solemne del toque de oración que retumbaba en la iglesia con evocaciones celestiales, previsoras y amenazantes.

¡Oh! qué confusión, qué duda, qué desorientación. Gregorio busca, Gregorio tienta, Gregorio comprueba todos los relieves de Santa Quiteria que conoce como nadie, pero no encuentra el cordel, su cordel de toda la vida, con el que se ejercitaba su gran fuerza. Da vueltas y más vueltas y aumenta su perplejidad. ¡Señor! ¿Qué pasa? ¿Quién se ha podido llevar el cordel de las campanas? ¿Quién ha tirado con esa brutalidad dejándole sin poder tocar? Y en esa duda, con esa confusión, se irá hacia la puerta seguro, dará aquel portazo que resonaba en las bóvedas del templo y echará la llave yéndose por el Boquete refunfuñando de la mala idea de quien arrancara el cordel que le sirvió para llamar a meditación a los fieles y recordar a todos el espíritu de la eternidad, con aquella resonancia que él le daba y conocía todo el mundo, porque las campanas, como todo, suenan según quién las maneja y el toque da la medida del campanero, como los trajes de hechura sastre, que no son como los de bazar iguales para todo el mundo y para todas las ocasiones. O el buen vino que tiene su paladar / su momento en la comida según los platos.

Gregorio, enfurruñado con el sonsonete de las campanas se olvida del camino y al llegar a la esquina de Doña Flor, da un traspíes y echa un trisco, no contra el piso, sino contra el campanario y el descuido de que se pase el cordel y se rompa o se lo lleven. ¿Quién habrá sido el que haya arrancado el cordel de las campanas?.